El CaféHablante número 140
del 6 de junio de 2024

Índice

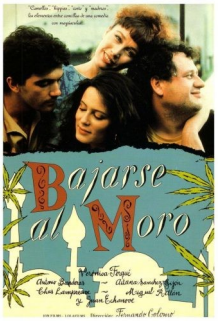
1) ¿Cómo hacer los acentos españoles en su teclado?:.....1
2) Video: El Rastro y el cine " Bajarse al Moro".....1
3) El Rastro de Madrid: https://rastromadrid.com/.....2
4) Humor - Chistes españoles.....2
5) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman ».....3
Elaboración de productos:.....3
La mejor tarde de mi vida:.....4

1) ¿Cómo hacer los acentos españoles en su teclado?:

á = [Alt]+160	Á = [Alt]+181	
é = [Alt]+130	É = [Alt]+144	
í = [Alt]+161	Í = [Alt]+214	¡ = [Alt]+173
ó = [Alt]+162	Ó = [Alt]+224	¿ = [Alt]+168
ú = [Alt]+163	Ú = [Alt]+233	
ñ = [Alt]+164	Ñ = [Alt]+165	

En un Mac o un smartphone, tienes que estar mucho tiempo pulsando una letra, y las letras acentuadas se proponen.

2) Video: El Rastro y el cine " Bajarse al Moro"



Bajarse al Moro – Clip: https://www.youtube.com/watch?v=QwRrIxaZeLc&t=159s
Pata Negra: https://www.youtube.com/watch?v=R7DTa4Yv5kQ
go a la montaña! 30 dirams: https://www.youtube.com/watch?v=bX_SpMNrS2Y

Bajarse al moro es una película española dirigida en el año 1988 por Fernando Colomo enmarcada en el género de la comedia. Su nombre proviene de una expresión popular usada en España para referirse al acto de ir hasta Marruecos a comprar hachís para posteriormente volver con él oculto a España para su tráfico. Es una adaptación de la obra de teatro homónima de José Luis Alonso de Santos.

Chusa y Jaimito son dos primos que comparten un pequeño piso en el centro de Madrid, donde también vive otro amigo, Albertico. Chusa acoge a Elena, a la que propone viajar a Marruecos para traficar con droga. Pero Elena es virgen y no puede transportar la mercancía en su vagina. Para remediar el problema, y una vez descartado Jaimito, Elena debe perder su virginidad con Alberto. Pero las dificultades e interrupciones se suceden: Doña Antonia, madre de Alberto, Abel y Nancho, dos drogadictos con síndrome de abstinencia. Finalmente, Chusa viaja sola a Marruecos. A su regreso es detenida y encarcelada. Cuando sale de prisión descubre que Alberto y Elena se han ido a vivir juntos a Móstoles justo cuando la propia Chusa descubre que está embarazada de Alberto. Pero nunca se lo dirá.

3) El Rastro de Madrid: https://rastromadrid.com/

El Rastro es un mercado al aire libre que se celebra los domingos y festivos en el centro histórico de Madrid, en el popular barrio de La Latina.
El Rastro es un mercadillo de Madrid con más de 400 años de historia en el que se pueden encontrar tanto objetos cotidianos como curiosos artilugios antiguos, todo ello envuelto en un ambiente de lo más animado.
El mercado se sitúa en torno a la Ribera de Curtidores, una cuesta pronunciada a lo largo de la cual se extienden cientos de puestos con los objetos más variopintos a la venta: pela-patatas, muebles, películas, ropa usada o enchufes. Los días de Rastro en Madrid, esta zona llega a albergar miles de personas.

Un origen peculiar

La zona de Madrid que ocupa El Rastro era el antiguo lugar donde se encontraban las curtidurías, muy próximas al matadero. La denominación del mercadillo proviene del hecho de que durante el traslado de las reses hasta las curtidurías se dejaba un rastro de sangre que fue el que dio origen al nombre del famoso mercadillo del Rastro.
Es recomendable tener cuidado con los objetos de valor mientras se transita por las calles repletas de gente, ya que es muy común que la zona esté llena de carteristas a la caza de turistas distraídos.

Foto antigua del Rastro de Madrid

La Asociación de Comerciantes, Autónomos y Pequeñas Empresas del Barrio del Rastro:

https://rastromadrid.com

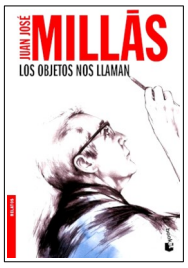
4) Humor - Chistes españoles

1. El gitano se muere y todos lo están velando en casa. Entra un compadre, se pone delante del cadáver y le dice al muerto:
   -Ya te lo decía yo, el tabaco, el tabaco, compadre, te va a matar.
   La esposa del difunto que lo oye le dice:
   -Pero si lo atropelló un autobús en la calle.
   -Sí, pero cuando iba a buscar tabaco.
2. Estaban dos gambas de tertulia, y una dice a la otra:
   –Estoy preocupada, chica. Mi madre fue ayer a un cocktail y todavía no ha regresado.
3. Entra un mexicano muy enfadado en la cantina y dice gritando:
   –El que haya pintado mi caballo de color rosa se va a enterar de quién soy yo.
   –¿De qué me voy a enterar? – pregunta un hombre muy alto y musculoso.
   –Pues de que ya se secó y le puede dar la segunda mano de pintura.
4. –¿Pero qué te ha pasado que llevas el ojo amoratado?
   –Es que vengo de enterrar a mi suegra.
   –¿Y eso qué tiene que ver?
   –Es que ella re resistía.

5. Un hombre entra en una tienda de fotos y le dice al dependiente:
   -Mi mujer me engaña con el cartero.
   -¡Y a mí qué! Esto es una tienda de fotos.
   -¡Ah! Como pone: "Entre y revele su rollo".
6. –Señorita, en España solo está permitido el bañador de una pieza; no puede usar elbañador de dos piezas.
   –¿Ah, sí?, ¿y cuál de las dos quiere que me quite?
   [biquini: Conjunto de dos prendas femeninas de baño, constituido por un sujetador y una braguita ceñida.]
7. En el diván de un psiquiatra. Este le dice al paciente:
   –Vamos a ver sus problemas. Cuénteme desde el principio.
   –Pues mire, doctor, al principio, yo creé el cielo y la Tierra.
8. Un albañil alemán está sudando la gota gorda, cuando ve a un compañero español que se ha tirado bajo la sombra de un árbol y está bebiendo una cerveza.
   –¿No sabes que la pereza es uno de los siete pecados capitales?
   –¡Y la envidia también...!
9. El juez pregunta al ladrón:
   –Dígame, ¿cómo se ha apañado para abrir la caja fuerte?
   –Lo siento, señor juez, pero yo no doy lecciones gratis.
10. Un ladrón atraca a un caballero:
    –Esto es un atraco, dame todo tu dinero.
    –Perdone, pero usted no sabe con quién está hablando. ¡Soy un político muy importante!
    –¿Ah, sí? ¡Pues entonces devuélveme todo mi dinero!
11. En la consulta de un dentista:
    –Doctor, tengo los dientes muy amarillos, ¿qué me recomienda?
    –¡Corbata marrón!
12. Una mujer en la consulta de un sicoanalista (= psicoanalista):
    –Y el próximo día analizaremos el inconsciente.
    –¡Uy, doctor! No creo que mi marido se preste a venir conmigo.
13. –Hola, ¿qué tal?
    –Pues bien. Acabo de llegar de Brasil, y allí resulta que sólo hay fulanas y futbolistas.
    –Hombre, Manuel, que mi mujer es brasileña.
    –¿Ah sí? ¿Y en qué equipo juega?
14. –Señora, no me gusta nada el aspecto de su esposo.
    –A mí tampoco, doctor, pero es tan amable conmigo.

5) Juan José Millás : « Los objetos nos llaman »

Elaboración de productos:

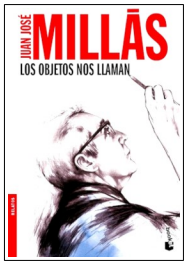


Mi madre no era capaz de resolver un problema sino lo convertía previamente en un drama. Del mismo modo que el matemático no comprende la realidad hasta que atrapa en una ecuación, ella no entendía una dificultad doméstica si no la transformaba en una catástrofe. Los seres humanos somos así de raros; necesitamos elaborar materias primas -sean patatas o mercurio- para darles un uso final. No entendemos el oro, por ejemplo, hasta que lo transformamos en un colgante. Podríamos disfrutar de él tal como se encuentra en la naturaleza, pero no. Necesitamos extraerlo dela dura tierra, fundirlo, moldearlo y ponerlo a la venta. Entonces decimos: «Fantástico. Qué bello es el oro.»

La transformación de las sardinas en sardinas en lata es la variante positiva de esta tendencia. La materia prima con la que mi madre construía sus dramas eran las pequeñas dificultades domésticas de cada día. Pongamos que se nos había acabado la bombona de gas un lunes y que el camión reparto no pasaba hasta el martes. En principio, no era ninguna tragedia, porque a los niños nos encantaba comer de bocadillos. Incluso tenía su lado bueno porque rompíamos la rutina. Pero ella se mesaba los cabellos e iba de acá para allá profiriendo unos alaridos que nos ponían los pelos de punta. Si mi padre intentaba calmarla, le reprochaba que él no se ocupara de esas cosas y aseguraba que era la esclava de todos nosotros, que la contemplábamos estremecidos

A la media hora de habernos quedado sin gas, mi padre, desesperado por los reproches y los gritos de mi madre, empezaba a dar portazos o amenazaba con tirarse por el balcón. Mi hermana pequeña, aterrada por el espectáculo, se ponía a llorar, y los vecinos amenazaban con llamar a la policía municipal si no cesaba el griterío. Justo en ese momento, cuando el universo iba a reventar con todos nosotros dentro, mi madre cruzaba la calle y al rato volvía sonriendo triunfalmente con una bombona que le había prestado su hermana, que vivía en la casa de enfrente. No era raro que le reprochara a mi padre que hubiera pensado en suicidarse por una tontería así. «Tú no estás bien de la cabeza», le decía, mientras cogía a mi hermana pequeña en brazos para que dejara de llorar. Yo me iba cabizbajo a la calle intentando convertir lo que había ocurrido en un producto envasado, para ver si de ese modo lograba comprenderlo. Pero todavía no lo comprendo, y eso que escribir no es más que tomar la materia prima de la realidad y convertirla en literatura para hacerla más digerible.

La mejor tarde de mi vida:



Cuando se me acaban los ansiolíticos, voy a ver a mi madre y le robo a escondidas un puñado. Los tiene de todas las marcas, y no sólo ansiolíticos, sino verdaderos hipnóticos, además de inductores del sueño, relajantes musculares y antiinflamatorios. No sé cómo consigue las recetas, pero lo cierto es que nunca le falta una pastilla que echarse a la boca. Yo, en cambio, las tengo que mendigar porque todos los médicos con los que tropiezo están en contra de la química. Unos me aconsejan ejercicios respiratorios y otros verduras, cuando lo que a mí me ha ido bien de toda la vida han sido las pastillas. Así que me acerqué a la casa de mi madre después de comer y me puse a ver la televisión con ella hasta que se durmió.

Entonces me deslicé de puntillas hasta el cuarto de baño y abrí el armario-espejo de tres puertas donde guarda los estupefacientes, pero estaba vacío.

Tras la primera reacción de sorpresa, comprendí que se había dado cuenta de que cada vez que la visitaba le desaparecían dos o tres docenas de pastillas, por lo que quizá había cambiado de lugar. Fui a su dormitorio y revisé todos los cajones del armario, así como los huecos de la mesilla de noche, pero no hallé nada. Al regresar al salón, mi madre abrió los ojos y preguntó:

- Estás realmente aquí o eres una pesadilla?

-Soy una pesadilla -respondí desconcertado, ycerró los ojos de nuevo.

Entonces vi un pastillero sobre la mesa de café. No tenía más que tres píldoras que no sé para qué eran, pero me tomé una de color azul y al poco me invadió una paz inexplicable que nacía en el plexo solar, desde donde se abría en abanico para irradiar cantidades discretas de felicidad en dirección al cerebro. Debía de tratarse de un hipnótico de última generación. Hace poco leí en una revista de farmacia que estos hipnóticos no dejan secuelas ni producen más adicción que las patatas fritas.

Tras disfrutar unos instantes de aquel estado de paz budista, empecé a mirar en derredor, intentando conjeturar dónde podría guardar mi madre sus medicinas. Mientras miraba dentro de una sopera, ella volvió a abrir los ojos y a observarme fijamente, pero esta vez no me preguntó nada. Sólo dijo para sí: «Ya está otra vez aquí esta pesadilla» y volvió a dormirse. Revisé todos los huecos del aparador encontrando un placer enorme en manosear los cubiertos y los platos de loza de mi infancia. Normalmente, esos objetos me parecen siniestros, pero la pastilla azul, que tanta paz me había proporcionado, me había provisto también de una mirada nueva, ingenua. Me parecieron una obra de arte las cucharillas de café y las tenazas para el marisco. En mi casa nunca comimos marisco (y estuvimos a punto de no comer pescado), pero mi padre, que en paz descanse, compró en el Rastro aquellas tenazas, supongo que para creerse alguien.

Por miedo a que mi madre se despertara, bajé el volumen del televisor, pero eso fue precisamente lo que le hizo abrir los ojos de nuevo. Esta vez, mirándome fijamente, me preguntó:

- ¿Eres tú o tu hermano?

Tengo un hermano gemelo que es, con razón, el favorito de mi madre. Le contesté que era mi hermano esperando acertar y acerté de pleno, pues inclinó la cabeza hacia un lado y comenzó a roncar. A medida que pasaba el tiempo, los efectos de la pastilla azul se multiplicaban. Se estableció una curiosa armonía entre los objetos de la casa y los latidos de mi corazón, haciéndome sentir que la realidad y yo éramos la misma cosa, idea que me inundó de bondad hasta el punto de que llegué a dudar si yo sería yo o sería mi hermano. Una voz interior me dijo que yo era yo y que por lo tanto debía continuar buscando las pastillas.

Las encontré al fin dentro de un bote grande de ColaCao, en la cocina. Había cientos, de distintos tamaños y colores, pero ninguna de color azul, por lo que supuse que mi madre tenía el botín distribuido por distintos

lugares. Tomé un puñado, como hacía habitualmente, y apenas había cerrado el bote cuando me pareció escuchar el roce de una llave sobre la embocadura de la cerradura de la vivienda. Sólo mi hermano y yo, aparte de mi madre, claro está, tenemos llave, por lo que supuse que era mi hermano. Me escondí detrás de la puerta de la cocina y escuché sus pasos dirigiéndose al salón. Cuando estuve completamente seguro de que no podia oírme, me deslicé hasta el pasillo y abandoné la casa sin que hubiera reparado en mi presencia. Tomé un taxi y fui a casa de mi hermano, donde mi cuñada me invitó a café y a conversación hasta que se me empezaron a pasar los efectos de la pastilla azul.